

CIUDADANÍA POLÍTICA CALLEJERA: APROPIACIÓN DE ESPACIOS Y CONSTRUCCIÓN DE HORIZONTES POLÍTICOS

*Juan Manuel Arbona*¹

En La Ceja confluye el caos de la joven ciudad de El Alto. Sus calles son testigos de un constante flujo de personas que circulan por allí para comprar, hacer trámites, o en tránsito a otra zona de El Alto o La Paz. La gran mayoría del transporte colectivo de El Alto pasa por la zona de La Ceja. Los “voceadores” que anuncian las paradas compiten con los vendedores ambulantes que pregonan sus productos. En las aceras que intentan delimitar este centro urbano, varias vendedoras de comidas invitan a los transeúntes a deleitar sus productos. Jóvenes con chalecos verdes y un teléfono celular amarrado a su muñeca deambulan por las calles ofreciendo el servicio de llamadas. Los *paqpakus*² hacen demostraciones de remedios naturales para problemas caseros —incluida la fórmula de cómo limpiar CD—, además de vender mapas de El Alto y panfletos sobre la vida de Evo Morales; otros predicán su interpretación de la Biblia. A esta gran masa de transeúntes —niños y niñas cleferos, ladrones y borrachos— se unen rótulos, construcciones a medio terminar y cientos de cables eléctricos que se encuentran en las esquinas de la zona.

La Ceja tiene como centro a la Alcaldía municipal, quemada en dos ocasiones —febrero de 2002 y de 2003— por cientos de alteños y alteñas enardecidos con las políticas gubernamentales. Estas manifestaciones de furia han sido su

¹ Profesor titular en Bryn Mawr College (EE.UU.) y profesor adjunto de la Universidad para la Investigación Estratégica de Bolivia (UPIEB).

² Este término aymara significa “hablador”, y designa a las personas que venden promesas y fantasías de una mejor vida.

respuesta a la frustración que les ha producido el Estado y expresan su repudio a las políticas que éste ha adoptado en las últimas dos décadas. Buena parte del edificio de la Alcaldía conserva los vestigios de la furia popular, recordatorio de las consecuencias de las acciones de un pueblo marginado en busca de cambios, o monumento a la negligencia del sistema político formal. A pocos pasos de éste se concentra un grupo de vendedores de libros nuevos y usados de los más diversos temas: desde textos de aritmética y química para estudiantes de colegio, pasando por la reproducción de leyes y decretos gubernamentales, hasta libros de política indianista de Fausto Reinaga (1969, 1971) junto a las obras de Marx y Engels. Entre este grupo se encuentran también trabajos de los mismos vendedores y de otros alteños sobre una gran variedad de temas. Esta producción interpreta y resume datos sobre temas coyunturales como la distribución de tierras y la producción e industrialización de hidrocarburos, o presenta una línea de análisis para la organización social.

En las tardes, cuando el cercano sol comienza a caer, y hombres y mujeres emprenden el retorno a sus hogares, se forman círculos de transeúntes alrededor de alguno de los vendedores de libros. Éstos, con entusiasmo y convicción, tratan de vender sus productos llamando la atención con sus discursos. Pero más allá de los intentos de mercadeo, estos vendedores —todos son hombres— y las personas que se acercan cumplen una importante función. A eso de las 6 pm, uno de los vendedores comienza un discurso sobre las injusticias históricas y las actuales, sobre la política boliviana, sobre la historia de las luchas indígenas, o con propuestas para una organización política a partir de la cosmovisión indígena o el socialismo ortodoxo. En pocos minutos se forman grandes círculos de oyentes que a medida que transcurre el tiempo hacen preguntas, retan o complementan los discursos o hacen los suyos propios. Los debates se acaloran y el público adquiere un papel cada vez más importante. Los temas cambian con la rapidez con que se dicen, se celebran o se refutan. Pero la diversidad de los temas tiene un denominador común: la reivindicación de las luchas históricas en contra del poder colonial y su expresión actual en una población que el poder político de las élites margina socialmente. En fin, se denuncia la violación de los derechos ciudadanos de la mayoría de los bolivianos, su marginación y exclusión, y se debate la posibilidad de un futuro diferente.

Este ensayo se ocupa de las formas en las que estos individuos construyen y ponen de manifiesto una ciudadanía política activa a partir de su apropiación cotidiana de la calle. Se argumenta que estos espacios de discurso y debate callejero son fundamentales para tomarle el pulso a esta ciudad, que ha sido el epicentro de las grandes insurrecciones de los últimos años. Desde estos espacios se construyen imaginarios y horizontes políticos de derechos y deberes ciudadanos; en estos espacios los alteños le dan aire a sus broncas y conciben

un futuro diferente. En estos encuentros, en los que convergen las vertientes indígenas y mineras que definen socialmente a esta ciudad, se construye una ciudadanía política. Esta construcción de ciudadanía, a partir de la apropiación de espacios públicos para debatir situaciones políticas locales y nacionales, fue una de las semillas para las movilizaciones que se han llevado a cabo desde el recrudescimiento del proyecto neoliberal a finales de la década de los noventa.

Este ensayo comienza con un panorama general sobre la ciudad de El Alto, luego presenta diferentes teorías sobre el tema de la ciudadanía en el contexto neoliberal y urbano, y en la última sección el análisis se centra en tres ejes: ciudadanía, ciudad y movimientos sociales, y cómo éstos han sido articulados por una “matriz civilizatoria” que entrelaza los hilos históricos coloniales, republicanos y neoliberales (Rivera, 1993). Estas secciones sirven de plataforma para organizar la discusión sobre los procesos de construcción y manifestación de una ciudadanía política callejera en La Ceja, y las implicaciones para la ciudad de El Alto.

La metodología de este ensayo consistió en observar y participar activamente en estos espacios entre los meses de marzo a junio del año 2006, lo que se complementó con entrevistas abiertas e informales con varios de los participantes —activos y pasivos—, sobre todo en horas de la noche. Por lo demás, este trabajo hace parte de un estudio más amplio sobre las formas de construcción y organización de espacios políticos en El Alto, trabajo que se inició en el 2001 y para el cual he venido recopilando datos cualitativos y cuantitativos.

EL ALTO: CONVERGENCIA DE PROCESOS E HISTORIAS

La llamada “guerra del gas”, en octubre de 2003, marcó un hito social y político en el país. El Alto fue su epicentro y sus residentes los actores principales. Este protagonismo político tiene sus raíces en la sangre: de las 63 personas asesinadas por las Fuerzas Armadas, 44 lo fueron en El Alto (Auza, 2004). Éste fue uno de los momentos históricos determinantes de la “revolución democrática” que llevaría a Evo Morales a la presidencia de Bolivia (Stefanoni y Do Alto, 2006). Después de que la población —pobres e indígenas— fuera marginada e invisibilizada por generaciones, sometida a prácticas de ciudadanía excluyente a la sombra del discurso de las oportunidades del libre mercado y la multiculturalidad, sale a la superficie política para demandar un nuevo orden.

Varios analistas y académicos remiten las raíces de estas insurrecciones populares a temas económicos y políticos, y se ocupan del contexto histórico (Tapia, García Linera y Prada, 2004; Hylton y Thomson, 2005; Kohl y Farthing, 2007). Si bien la riqueza analítica de estos estudios es innegable, pocos se han

adentrado en El Alto para analizar cómo las vivencias cotidianas de esta ciudad incidieron en las jornadas de octubre del 2003 (Gómez, 2004).

El Alto es una ciudad joven. Apenas en 1988 obtiene su autonomía de La Paz y es reconocida institucionalmente como tal.³ Hasta entonces, los vecindarios que hoy conforman El Alto eran barrios marginales que conectaban La Paz con las zonas rurales y mineras del departamento de La Paz. Las olas de emigrantes a mediados de la década de los ochenta convierten este barrio marginal en un centro urbano (Sandoval y Sostres, 1989). Así, El Alto es visto como el enclave más pobre de la región metropolitana de La Paz, y como un espacio racializado —el otro étnico y empobrecido—, como el espacio distante de la ciudad moderna y más sofisticada de La Paz.

El Alto funciona regionalmente como destino y como espacio de transición. Ha sido el destino de miles de mujeres y hombres que allí llegan guiados por la promesa de la ciudad a mejores servicios y oportunidades económicas. Fue el destino de miles de familias mineras “relocalizadas” por el cierre de sus fuentes de trabajo a raíz de la implementación del proyecto neoliberal en 1985.⁴ Es también el destino de miles de jóvenes campesinos/indígenas, principalmente de las provincias del altiplano paceño, que buscan alternativas a la situación que viven en sus zonas rurales. Gran parte de los productos agropecuarios e industriales de las zonas rurales encuentran también en El Alto su comercialización y distribución hacia los diferentes mercados de La Paz.

Al mismo tiempo, El Alto es un espacio de paso por el que circulan personas y productos; un espacio en el que las identidades son apropiadas, rearticuladas y rechazadas; en el que las visiones de futuro están ancladas en las múltiples formas de definir un pasado cuyo fundamento es la memoria colectiva de historias de migraciones y asentamientos. En fin, hablar sobre El Alto supone asumir esta ciudad como parte y producto de los procesos socioeconómicos vividos en Bolivia en las últimas décadas, y propone el reto de analizar el tema de las identidades políticas —indígena y minera— no como variables aisladas sino como procesos que se entrelazan en tiempo y espacio.

El Alto es un punto de convergencia de contradicciones, promesas y procesos contestatarios en los que lo local y lo global se encuentran en la vida cotidiana.⁵

³ En el año 2001 esta ciudad tenía una población oficial de 649.958 (INE 2001). Estudios recientes estiman que la población de El Alto se acerca a los 900.000, sobrepasando a la ciudad de La Paz (Albó, 2006).

⁴ El Decreto supremo 21.060 fue el mecanismo legal mediante el cual se implementó el proyecto neoliberal en Bolivia. Una historia exhaustiva del neoliberalismo en Bolivia se encuentra en Kohl y Farthing (2007).

⁵ Estos encuentros ocurren en forma material y simbólica. Dichos procesos en el contexto latinoamericano han sido estudiados en detalle por Babb (1999) y García Canclini (1990).

Las actividades cotidianas dan forma a las relaciones sociales y condicionan las actividades políticas en El Alto. Las relaciones sociales y las organizaciones políticas locales, por un lado, se funden con las historias y las memorias “traídas” por los emigrantes llegados a esta ciudad (Albó *et ál.*, 1981; Sandoval y Sostres, 1989); por otro, la forma como las actividades económicas se entrelazan con lo cotidiano sirve de nexo entre los requisitos del Estado frente a la economía global del mercado, la infraestructura institucional que salvaguarda su estabilidad y las expectativas que sobre el Estado tiene la sociedad civil (Arbona, 2003). En este sentido, la precariedad económica es uno de los principales ejes que informan cómo las alteñas y los alteños construyen espacios políticos sobre los cuales se organiza y construye la ciudad.

La articulación de esta precariedad social tiene sus raíces en dos vertientes de identidad que definen la ciudad: la indígena —principalmente aymaras— y la minera. El Alto articula estas vertientes político-culturales, origen de identidades urbanas y de la organización de espacios políticos. Por un lado, las migraciones campesinas-rurales han sido una fuente de la construcción de un imaginario indígena en El Alto. Según Mamani (2005: 39): “El Alto es una ciudad síntesis de lo aymara o indígena-popular que bajo esas condiciones no era ajena a la indignación comunal de los ayllus movilizados en contra del Estado blanco-mestizo”. La otra vertiente ha sido la migración minera, que comenzó a finales de la década de los setenta y tuvo su auge a mediados de los años ochenta con las políticas de reestructuración. Según Crabtree (2005: xviii): “El cierre de las minas ocasionó la dispersión de los trabajadores mineros por todo el país, y junto a ellos se propagaron sus tradiciones políticas y su experiencia organizativa”. Estas historias y memorias ilustran cómo y en qué condiciones se ha ido construyendo esta ciudad y los horizontes políticos de lucha (Appadurai, 2002). También son las plataformas sociales sobre las cuales se construye sentido de ciudadanía. En este contexto histórico y social situó los espacios de debate de La Ceja y la forma como se ha ido construyendo una ciudadanía política callejera.

CIUDAD Y MOVIMIENTOS SOCIALES: PERSPECTIVAS DESDE LA CIUDADANÍA

Los procesos históricos que promueven simultáneamente la integración y la segregación, el privilegio y la exclusión, están plasmados en la ciudad, pues aquéllos inciden de manera profunda en la forma como ésta se organiza física y socialmente. De estas dicotomías surgen conflictos que se relacionan con las luchas de quienes tienen derecho a disfrutar de los beneficios de la ciudad. Estos procesos producen la rearticulación de identidades que convergen en espacios urbanos —excluidos— y alimentan la lucha por el derecho a la ciudad

(Lefebvre, 1995; Mitchell, 2003). Estos procesos históricos establecen, legitiman y naturalizan espacios de privilegio y exclusión en los que a su vez se forman y se consolidan espacios políticos locales, ya sea de demanda o de protección de la provisión de servicios básicos, y en los que se plasman demandas políticas de reconocimiento institucional. Sobre estas demandas, y sobre la forma como son definidas, se construyen los horizontes políticos de ciudadanía.

Uno de los trabajos fundacionales sobre el tema de ciudadanía es el de T. H. Marshall (1964). Éste analiza los procesos históricos de extensión de derechos ciudadanos en Inglaterra y las tensiones que surgen a medida que se marca la organización de clases sociales. En la definición de ciudadanía, Marshall identifica tres elementos básicos en términos de los derechos que conceden los procesos de “ciudadanización”: civiles, políticos y sociales. Los derechos civiles, que incluyen la libertad de expresión, propiedad privada y equidad frente a la ley, son un prerrequisito para la promoción de los derechos políticos que implican el derecho a la participación —directa o indirecta— en todas las esferas del gobierno. La organización histórica de estos dos elementos son la base de los derechos sociales, que incluyen “el derecho a un mínimo bienestar económico y seguridad, el derecho a participar completamente del patrimonio social [...]” (Marshall, 1964: 71-72).

Marshall reconocía las limitaciones de este precepto: los ideales de equidad, enmarcados en la construcción de ciudadanía contienen una contradicción inherente porque dependen de la evolución de los mercados competitivos. El derecho a la propiedad privada, como uno de los elementos para la organización de los derechos civiles y políticos, ha sido en la práctica una de las limitaciones de la ciudadanía plena en América Latina (Roberts, 1996). En este contexto regional, las inequidades económicas determinaron las formas en las que se podía acceder a los derechos sociales (Dagnino, 2003). Por lo tanto, existe una brecha entre los derechos formales y las prácticas cotidianas, en la que los grupos con poder económico tienen todos los privilegios y muy pocas responsabilidades. Esto es evidente cuando se compara la organización de las ciudades latinoamericanas con la representación política en los espacios políticos formales. En este contexto, los sindicatos han asumido un papel contestatario y mediador, no sólo en términos de la situación laboral, sino también como interlocutores de las demandas de ciudadanía.

[E]l sindicato se erige como el interlocutor tácito entre sociedad civil y Estado, pero con la virtud de que se trata de una ciudadanía que permanentemente reclama su validación en las calles, en la acción tumultuosa de la fuerza de masa, que es en definitiva, desde la insurrección de abril de 1952, el lenguaje de la consagración ciudadana en y por el Estado. (García Linera, 2001: 23)

En el contexto latinoamericano, la exclusión y la discriminación, legitimadas por el Estado, no sólo han tenido una dimensión económica (de clase) sino también una dimensión étnica y racial. Más allá de las tensiones generadas por los asuntos de clase, la historia colonial y republicana latinoamericana ha sido clave en la organización de las luchas sociales (Condarco, 1982; Thomson, 2006). Para Rivera (1993), el proyecto colonial tuvo un efecto estructurador en las diferentes facetas históricas del Estado, y en la forma como se ha definido el derecho a tener derechos. En este sentido, “la ciudadanía es un ‘paquete cultural’ que excluye a quienes no están encuadrados en los modelos occidentales” (Rivera, 1993: 106). Este paquete cultural se basa en el legítimo “ejercicio del poder a través de estructuras sociales, económicas y políticas que perpetúan la exclusión de ciertos grupos sociales” (McEwan, 2005: 972). Quijano (2000) se refiere a esto como la “colonialidad del poder”, que ha trascendido las diferentes formas de organización estatal, incluyendo los procesos de democratización. Estos dos procesos —económico y cultural— confluyen en la forma en que el Estado, como principal proveedor de derechos ciudadanos, ha construido las prácticas y las instituciones sobre las cuales se forjan los derechos de ciudadanía. En este sentido, el Estado dirige un proceso de ciudadanía definiendo los “términos públicos de la formación, expresión y movilización de identidad nacional política” (Yashar, 2005: 5). Pero como lo indica Rivera, este proceso de ciudadanía en el contexto boliviano ha servido para reproducir y reforzar las jerarquías sociales establecidas durante la Colonia, articulando etnia-raza y clase en las reiteraciones de los horizontes de ciudadanía.

[L]a ciudadanía no logró transformar, realmente, las conformaciones de casta en conformaciones de clase, pues entre ambos horizontes se produjo una articulación colonial-civilizatoria que permitió la precaria introyección coactiva del horizonte cultural de la ciudadanía en el corazón y en el cuerpo de los trabajadores indio-mestizos. [...] La ciudadanía minera no alcanzó, por lo tanto, a homogeneizar culturalmente al conjunto de la población trabajadora en un único molde ciudadano, mestizo, racional y productivo. Por el contrario, reprodujo sutiles subordinaciones y discriminaciones internas entre los diversos eslabones de esta cadena de colores raciales y culturales, y entre ellos y el mundo rural-indio circundante. (Rivera, 1993: 75)

Estas construcciones históricas de ciudadanía tuvieron su última reestructuración con la implementación del proyecto neoliberal (Kohl, 2000). Los procesos de ese proyecto, en sus generaciones de repliegue y despliegue del Estado, tuvieron importantes consecuencias en la promoción de una particular noción de ciudadanía (Peck y Tickell, 2002). Este “doble movimiento” tiene una primera etapa en la que se critica y subordina el papel del Estado a favor

del mercado, para después abrir espacio al discurso de gobernabilidad. Este discurso promueve una mayor participación de la ciudadanía y la importancia de los derechos humanos, aunque los fundamentos históricos y económicos que habían marginado y excluido a la gran mayoría se mantienen intactos (Hindess, 2002). Uno de los efectos de estos procesos de reestructuración “bajo la inspiración neoliberal, [es que] la ciudadanía ha sido entendida y promovida como la simple integración del individuo al mercado” (Dagnino, 2003: 212). En otras palabras, los derechos de ciudadanía se ejercen en la medida en que las personas puedan participar efectivamente en el mercado. Esos intentos de transformar la concepción de ciudadanía —lo que Schild (1998) llama “ciudadanía de mercado” y Hindess (2002) “ciudadanía neoliberal”— tienen sus expresiones más explícitas en las ciudades.

CIUDAD Y CIUDADANÍA

En la ciudad se plasman los procesos históricos de construcción de ciudadanía. Castells presenta un punto de partida para el análisis de las ciudades:

[...] son productos históricos, no sólo en su materialidad física, sino también en sus significados culturales, el papel que juegan en la organización de la sociedad, y las vidas de los residentes. La dimensión básica en la transformación urbana es de debate conflictivo entre clases y actores sociales sobre el significado de la ciudad, el significado de espacios en la organización de estructuras sociales, y el contenido, jerarquía y destino de las ciudades en relación a la estructura social. (Castells, 1983: 302)

La lectura de ciudades como “producto histórico” en el que se debaten significados de la ciudad (y los derechos a) es un punto de partida fundamental para analizar cómo se materializan los procesos de discriminación y exclusión en los espacios urbanos. Castells sugiere que los procesos históricos crean privilegios y exclusiones que se expresan en el espacio y en los conflictos que se derivan de estas inequidades. Estas últimas producen a su vez la rearticulación de las identidades políticas que convergen en los espacios urbanos —excluidos—⁶ y que alimentan la lucha por el derecho a la ciudad. ¿Cómo se establecen esos derechos? ¿Qué formas de institucionalidad los legitiman? Y más importante aún: ¿quiénes luchan por los derechos a la ciudad y cómo? En parte mi argumento sostiene que justamente a través de estos procesos históricos, y de la forma como se manifiestan y se materializan en el espacio, se establecen, se legitiman

⁶ Lo que es muy diferente a afirmar que estos territorios sean simples contenedores de identidades. Para una crítica de esta visión de espacios, véase Harvey (1997).

y se naturalizan los espacios de privilegio y exclusión; es allí donde se forman y se consolidan los espacios políticos locales, ya sea de demanda, de construcción o de protección de ciudadanía.

La construcción histórica de espacios urbanos en América Latina responde a los sistemas de producción, extracción o comercialización colonial, que requerían concentración de población en espacios determinados en los que se plasaban y reforzaban las jerarquías sociales.⁷ Esto hacía que se formaran ciudades duales en las que bajo un mismo régimen político se mantenía una tensa convivencia de espacios privilegiados y de espacios de desamparo.⁸ Paralelamente, la concentración de población suponía diferentes formas de vivir y de convivir en y con la ciudad, y diversas formas de establecer y reproducir relaciones de poder plasmadas en el espacio urbano. Estos procesos han sido trascendentales para la organización y construcción de las ciudades latinoamericanas.

Las ciudades siguen siendo un espacio estratégico para el desarrollo de ciudadanía. [Las ciudades] no son la única arena. Y no todas las ciudades son estratégicas. Pero por sus concentraciones de lo no-local, lo extraño, lo mezclado y lo público, las ciudades resaltan con más claridad los tumultos de la ciudadanía. Sus muchedumbres catalizan procesos que decisivamente expanden o erosionan las reglas, los significados y las prácticas de la ciudadanía. (Holston y Appadurai, 1999: 2)

El papel catalizador de la ciudad —sus calles y muchedumbres— es significativo cuando se trata de definir y retar los términos públicos de la ciudadanía política y de la organización colectiva. A partir de los procesos históricos se debate y se lucha por los “significados culturales” de ciudadanía y sus implicaciones materiales.

CIUDADANÍA Y MOVIMIENTOS SOCIALES

Los movimientos sociales expresan las luchas por el “derecho a tener derechos” (Álvarez, Dagnino y Escobar, 1998). Las identidades políticas adquieren forma en el contexto de los procesos históricos que informan y conforman la construcción de sujetos y espacios. Hale (1997: 568) define las identidades políticas

⁷ Esto es evidente en las primeras ordenanzas de planificación urbana que recibió Pedrarias Dávila en 1513 (Crouch, Garr y Mundigo, 1982). Cabe resaltar que las ciudades de los imperios Inca y Azteca reflejaban esta dualidad (Von Hagen y Morris, 1998; Soustelle, 1996).

⁸ Cuando me refiero a las ciudades de la Colonia como “duales”, es importante resaltarlo, no pretendo simplificar la complejidad de los procesos y del espacio a una simple dicotomía. Pero para los propósitos de este ensayo, esta noción de dualidad basta para resaltar la íntima interacción de procesos y espacios de exclusión.

como “las sensibilidades y acciones colectivas que provienen de una localidad particular de la sociedad, retando directamente las categorías universalistas que tienden a subsumir, borrar, o suprimir estas particularidades”. En este sentido, los procesos de reestructuración neoliberal son vividos y enfrentados localmente. Estos procesos también son cruciales en la construcción de espacios y formas de construir identidades políticas que permiten generar visiones sobre el futuro y acciones posibles. Estas identidades políticas, alimentadas en la localidad en las prácticas cotidianas, revelan cómo se vive y cómo se convive, cómo se negocian conflictos y cómo al momento de interpretar estas prácticas se integran las historias y las memorias. Pero también en los momentos de crisis y conflicto salen a la superficie las prácticas cotidianas, opacadas por los espacios políticos formales, para retar la naturalidad y legitimidad del orden político en el que están inmersas (Tapia, 2001).

Si Hale (1997) analiza cómo estos procesos son vividos y enfrentados a partir de las construcciones de las identidades políticas locales, Appadurai (2002) determina cómo se proyectan hacia el futuro, y define estos horizontes políticos como “los límites externos de la aspiración y la inspiración dentro de los cuales planes concretos, estrategias y esperanzas entre los marginados son alimentadas” (Appadurai, 2002: 30). Estos horizontes políticos se expresan en los discursos y en las acciones localizadas que intentan construir alternativas a partir de lo cotidiano y lo concreto de la localidad, y surgen para enfrentar el actual orden político. Los sujetos que viven en las márgenes sociales y urbanas se enfrentan a las estrategias políticas y discursivas del proyecto neoliberal gracias a estos horizontes políticos.

Mediados por las identidades políticas que surgen de las historias y de la memoria colectiva, la construcción de horizontes políticos tiene un efecto particular en la noción de ciudadanía, y específicamente en la construcción de una ciudadanía política callejera. La noción de ciudadanía tiene raíces históricas y territoriales en las que se organizan prácticas desde las márgenes sociales. En este contexto, “el concepto de ciudadanía se refiere a las prácticas conflictivas conectadas con el poder que reflejan quién puede decir qué en el proceso de identificación de los problemas en una comunidad [ciudad o país] y las formas en que éstos serán enfrentados” (Jelin, 2003: 314). Justamente a partir de la lucha de “quién puede decir qué”, y quién tiene el “derecho a tener derechos”, se forjan los movimientos sociales que luchan por

[...] la construcción de una nueva noción de ciudadanía que ha llegado a ser vista como [algo] más allá de la adquisición de derechos legales, requiriendo la constitución de sujetos sociales activos que identifican lo que consideran son sus derechos y luchan por su reconocimiento. (Dagnino, 2003: 211)

Holston (1998) propone el concepto de “ciudadanía insurgente” como una estrategia para entrelazar las construcciones históricas de ciudadanía con los procesos de organización de ciudades. Este concepto tiene una estrecha relación con las ideas de “esfera pública” y “horizontes políticos”, que revelan cómo “los espacios de ciudadanía insurgente constituyen nuevas formas de lo social que todavía no han sido liquidadas ni absorbidas por las viejas” formas de apropiación de la ciudad, “ya que manifiestan posibles alternativas para el futuro” (Holston, 1998: 158). Estas posibles alternativas y el Estado, como único interlocutor en la construcción de ciudadanía, tienen una tensa relación; la apropiación colectiva de historias, memorias y espacios surge para retar este “paquete cultural”.

Estas formas insurgentes se encuentran en la organización de movilizaciones populares y prácticas cotidianas que, en formas diferentes, empoderan, parodian, descarrilan o subvierten las agendas estatales. Ellas se encuentran en las luchas sobre el significado de ser miembro de un Estado moderno. [...] La ciudadanía cambia a medida que nuevos grupos surgen para avanzar sus demandas, expanden su universo de demandas, y como nuevas formas de segregación y violencia hace frente a estos avances, erosionándolos. Estos espacios de ciudadanía insurgente se encuentran en la intersección de estos procesos de expansión y erosión. (Holston, 1998: 47)

En este contexto, el concepto de ciudadanía política callejera aparece como la apropiación de espacios públicos, de historias y memorias colectivas con el propósito de fomentar y validar la articulación de las identidades políticas locales. En estos espacios callejeros, la muchedumbre de la ciudad se encuentra para retar y reconstruir el “paquete cultural” de la ciudadanía y desenmascarar el orden político. Es aquí donde se expande el universo de las posibilidades y se promocionan ciudadanías insurgentes; donde se debate el significado, el contenido y el destino de la ciudad y de las políticas que la definen.

CIUDADANÍA POLÍTICA CALLEJERA

En una tarde de verano, cuando el sol comenzaba a caer, Jerónimo cuestionaba con su discurso la ley de convocatorias para la Asamblea Constituyente. Con un lenguaje accesible para el creciente número de oyentes, su argumento central sostenía que esa ley no reconocía plenamente a los pueblos indígenas, sus territorios y su forma de hacer política. La crítica estaba dirigida a la reproducción de la democracia liberal, que delega la responsabilidad de representación y profundiza la ruptura con los esquemas de democracia directa que

marcan la organización de las comunidades indígenas (Patzí, 2004).⁹ Tampoco se reconocía a los alteños que habían derramado sangre durante las jornadas de octubre del 2003:

[...] esto va a ser igual que el referéndum:¹⁰ una mamada. Mientras nosotros, los ay-maras, no ejerzamos el poder de verdad [político y económico] los q'aras siempre se aprovecharán. (Jerónimo, 23 de marzo de 2006)

Este discurso desató una serie de respuestas del cuantioso público —¡unos setenta hombres y una sola mujer!—, que refutaban o apoyaban el argumento o presentaban nuevos puntos de discusión. Eran variadas las posiciones frente al discurso: unos sostenían que había que crear una asamblea paralela que respondiera a los intereses de los marginados; otros argüían airados que la Asamblea Constituyente era un insulto a los alteños, pues ellos no habían luchado en las jornadas de octubre por la Asamblea sino por la nacionalización de los hidrocarburos. Al final de la jornada, más de tres horas después, ninguno de los oradores logró fijar una línea de pensamiento dominante. No obstante, los discursos y debates tuvieron un fruto importante: los participantes, activos y pasivos, cuentan desde entonces con mayores elementos de juicio para tomar posiciones políticas y sentirse partícipes de un proceso político. Esto, en una ciudad que nació de la marginalización social y de la exclusión política, con una población predominantemente indígena que nunca ha gozado de los derechos plenos de ciudadanía, es sumamente importante.

Esta escena se repite a diario. Discursos y debates políticos en espacios públicos, la gente escucha, propone lecturas sobre el pasado, opina sobre el presente y sueña con el futuro. La definición de ciudadanía de Marshall se refiere no sólo a derechos y responsabilidades, sino también a la forma como estos procesos son construidos. Según la visión clásica, la ciudadanía es algo que surge desde el Estado: éste faculta los beneficios y establece las responsabilidades. Pero en el contexto de ciudadanía política callejera, el Estado no necesariamente es el

⁹ Es paradójico que el mismo vicepresidente que negoció la ley de convocatoria a la Asamblea Constituyente haya advertido que ésta no reproduzca “las estructuras políticas y culturales de exclusión que instauraron las técnicas liberales y partidarias de representación. Los constituyentes [...] deben ser elegidos de manera directa por representación de las grandes organizaciones sociales, pues ésa es la manera en que el pueblo existe como sujeto político y éstos son los hábitos deliberativos mediante los cuales la población mayoritaria toma decisión sobre la vida en común” (García Linera, 2004: 72).

¹⁰ Aquí se refiriere al referéndum de julio del 2004, promovido por Carlos Mesa para definir la utilización de los hidrocarburos. El referéndum surgió como respuesta a las demandas de nacionalización de octubre de 2003, pero terminó siendo un simulacro político con pocos resultados palpables para la población (Bautista, 2006).

centro en el que cotidianamente se construye la ciudadanía: ésta se legitima por el reconocimiento activo del otro y nace en las calles y aceras del caos de La Ceja, donde día a día se siembran ideales y horizontes políticos. La ciudadanía política callejera surge de la apropiación del espacio público, desde la reiteración de los retos a los discursos hegemónicos, y desde el reconocimiento colectivo de historias y memorias.

La articulación de estos procesos expresa las dinámicas políticas, económicas y sociales que han formado la ciudad de El Alto. La convergencia de varias vertientes de identidad, en respuesta al proyecto neoliberal, ha propiciado en El Alto un sentido de lucha muy particular (Arbona, 2007). La precaria situación económica en términos de los niveles de pobreza y de infraestructura básica en esta ciudad, combinados con las historias y las memorias de discriminación y lucha de los mineros e indígenas, son factores claves para la conformación de identidades políticas contestatarias. Éstas toman forma y se articulan en las juntas vecinales y en una gran diversidad de sindicatos —desde trabajadores asalariados hasta lustrabotas—. En este contexto, los espacios de discurso y debate adquieren una particular importancia. En estos espacios se articulan el discurso de las historias y memorias de marginalización y exclusión con la construcción activa de horizontes políticos.

Los veteranos de estos espacios no tienen claro cuándo ni cómo comenzaron a reunirse. Lo que sí tienen claro es que han incidido en la conciencia política de El Alto. Lo que ellos han hecho es sacar a la superficie, a la vista de todos, los procesos que muchos viven cotidiana y colectivamente. En otras palabras, se construyen puentes gracias a los cuales los alteños se encuentran, se reconocen en las múltiples formas en las que son producto de la articulación histórica y pueden imaginar posibilidades para un cambio político.

Estos encuentros han tenido consecuencias concretas. Varios de los oradores coincidieron en que en ese espacio se gestó la toma y la quema de la Alcaldía Municipal en febrero del 2003. Los primeros recuerdos de estos encuentros de debate tuvieron lugar cuando el proyecto neoliberal entraba en su etapa más cruda.

No sé exactamente cuándo comenzó a formarse estos círculos o quién fue el primero que discursó (sic). Yo llevo aquí como unos ocho años. Antes, cuando estaba Goni [Gonzalo Sánchez de Lozada] o [Hugo] Banzer, venía harta gente. Esto se llenaba de gente buscando insumos o información sobre lo que estaban haciendo [en el gobierno] y qué podíamos hacer. Yo diría que aquí se comenzó a cocer lo que explotó en octubre [2003]. (Entrevista con Álex, 11 de mayo de 2006)

Estos espacios aglutinaban un gran número de personas unidas por el rechazo a las políticas gubernamentales. Se encontraban para aprender sobre

sus implicaciones y para buscar formas de organizarse en contra de éstas. Esta búsqueda de lo “que se podía hacer” no era otra cosa que la construcción activa de “horizontes políticos”, y éstos saldrían a flote en las jornadas de octubre del 2003 (Arbona, 2006). Los espacios de discusión y debate en La Ceja han servido de punto de encuentro de los residentes de El Alto: exponen sus historias, sus memorias, sus criterios sobre los eventos políticos del momento y formulan propuestas hacia el futuro. En fin, en ese lugar se construyeron visiones de ciudadanía y se sembraron semillas para las movilizaciones que dieron como resultado la elección del primer presidente indígena. Como lo señala uno de los protagonistas de estos espacios, su función va mucho más allá del espacio y del momento específico.

Acá vienen a discutir temas coyunturales, a presentar líneas de análisis y acción. Otros vienen a escuchar y regresan a sus zonas donde difunden los temas. En fin, este espacio es una escuela donde nos formamos ideológicamente y discutimos las situaciones y las coyunturas, donde formamos línea política. (Entrevista con Álex, 3 de mayo de 2006)

El aprendizaje y la difusión son cruciales. Las personas que pasan, escuchan o participan retornan a sus zonas habiéndose apropiado de los planteamientos de estos discursos. Lo que ocurre en este espacio de La Ceja tiene eco en las zonas de El Alto y en las provincias. Cabe esperar que los temas, las dinámicas y la opinión pública sobre los asuntos nacionales difieran, pero el espacio de La Ceja se conecta con el resto de la ciudad y del país gracias a esos horizontes políticos construidos y compartidos. Ésta es una de las formas en que opera el “subsuelo político” en El Alto, aunque invisible a las estructuras políticas formales, es la fuente de la fuerza política latente de esta ciudad (Tapia, 2001).

Nosotros somos una fuerza política anónima de El Alto. Nadie [en el gobierno] nos conoce. Pero los vecinos de todo El Alto vienen por acá a escucharnos y ellos sí nos conocen. (Entrevista con Jerónimo, 22 de mayo de 2006)

Estos discursos y debates representan una forma callejera de construir ciudadanía desde las márgenes sociales. Es justamente en la calle donde se puede concebir no sólo la formulación de una ciudadanía que depende totalmente del Estado, sino también las vivencias cotidianas, las historias y las memorias localizadas. Esta construcción de ciudadanía sirve de insumo para la proyección de un horizonte político. En este sentido, la ciudadanía política callejera refleja un proceso de reconstrucción del “paquete cultural” mediante las prácticas cotidianas. Los temas de actualidad nacional son discutidos y debatidos

a partir de la denuncia de las injusticias históricas, de la exposición de ideas e ideales con miras a una sociedad diferente. Sobre esta plataforma se organizan los discursos y los debates en La Ceja.

DISCURSOS Y PERSPECTIVAS DE COYUNTURA

Si bien los discursos y los debates en La Ceja cubren una amplia gama de temas, un eje articula la gran mayoría de ellos: las implicaciones y el sentido de “ser indio”. Los temas de clase y ciudadanía se desglosan a partir de ese principio: “ser indio aymara”. El relato público de las historias y de la memoria de exclusión y humillación convoca a la mayoría de los transeúntes, y ese reconocimiento público no sólo sirve para reflexionar sobre las injusticias históricas, sino que también funciona como mecanismo de politización de las identidades. En otras palabras, le da un contenido político a las denuncias históricas que alimentan el horizonte político. A partir de éste se pueden impulsar acciones concretas.

En una ocasión la discusión se centró en la situación de los indígenas del altiplano, en el hecho de que ellos cada vez tienen menos tierras y por el contrario unas cuantas familias concentran la mayor parte de las tierras productivas en el oriente boliviano.¹¹ En el debate era latente la historia colonial, cuando los “extranjeros” usurparon los territorios sobre los que erigieron su sistema de explotación. Este acontecimiento es visto como la raíz del proyecto neoliberal. El debate coincidió con la aprobación de la ley de convocatoria a la Asamblea Constituyente y el consiguiente beneficio de las autonomías departamentales. Evo Morales, sostenían, se estaba concentrando en apaciguar a las elites terratenientes del oriente, pues los pueblos indígenas y los grupos marginales, que históricamente han apoyado al MAS, habían reducido en gran medida sus presiones sobre el gobierno. La conclusión fue entonces que las luchas, las acciones y las movilizaciones debían continuar, aun cuando “uno de ellos” ejerciera como Presidente de la República.

El debate retomaba una denuncia histórica: algunas elites, blancas y mestizas, han cooptado al Estado para arrebatar a los indígenas uno de sus derechos fundamentales: tierra y territorio. Las comunidades indígenas construyen ciudadanía sobre su derecho a la tierra: “es lo que nos ha movilizado desde la Colonia”, afirma un orador. Pero aunque en el contexto urbano de El Alto el tema del territorio —agrícola— no tiene una preponderancia práctica o directa, los efectos histórico-políticos se mantienen latentes. El predominio de una

¹¹ De acuerdo con el Informe de Desarrollo Humano del PNUD (2005), menos de cien familias poseen 25 millones de hectáreas, mientras que dos millones de familias campesinas trabajan en cinco millones de hectáreas.

mayoría indígena (81,3%) en la ciudad se convierte en el eje articulador de las luchas por la ciudadanía, y estas luchas tienen manifestaciones concretas en el tema de la tierra, aunque su incidencia en el día a día de los alteños no sea directa. En este sentido, los debates en La Ceja abren dos espacios cruciales: la reivindicación de “lo indio” en el contexto de su formación histórico-política, y las múltiples miradas hacia el Estado. Este último punto es de particular relevancia: los alteños se identifican con su nuevo presidente, Evo Morales, pero al mismo tiempo desconfían profundamente del aparato estatal.

“NOSOTROS, LOS INDIOS AYMARAS”

La identidad indígena aparece constantemente en los discursos: “nosotros, los indios aymaras”. La reivindicación de la identidad es formulada en términos históricos y políticos. La construcción del “nosotros” responde a que una generación tras otra han sido explotadas y humilladas por un Estado que no los representa y con el que no se identifican. El “ellos”, por su parte, no sólo designa a blancos y mestizos, sino también a la clase social que ha controlado el Estado y los recursos naturales, y a los “indios” que los han apoyado. “Hasta ahora, no somos bolivianos”, sostiene uno de ellos (orador, febrero de 2006). Los indígenas no sienten que tienen los mismos derechos civiles, políticos y sociales que las minorías blancas y mestizas, aunque esos derechos estén expresados en la Constitución política del país. Los indígenas, todavía, no se sienten ciudadanos.

La memoria histórica de cómo los pueblos indígenas han permanecido al margen de las esferas políticas formales es expresada públicamente. Esa expresión pública permitió que los procesos históricos fueran retados abiertamente y masivamente a partir del año 2000, con la “guerra del agua” en Cochabamba (Assies, 2003). Estas movilizaciones tuvieron su apogeo entre septiembre y octubre de 2003, y mayo y junio de 2005, y fueron cruciales para la elección del primer presidente indígena. Todo esto tuvo y tiene una relación directa con los discursos y los debates en La Ceja, en particular con las demandas históricas y los posicionamientos políticos que de éstas se derivaron. Un ejemplo de esto es la identificación con el actual Presidente, pero al mismo tiempo la desconfianza en el aparato estatal. Uno de los oradores expresa esta tensión el día después de la firma del decreto supremo 28701, mediante el cual se “nacionalizaban los hidrocarburos”:

Apoyamos a nuestro hermano Evo. Él había prometido la nacionalización, y cumplió. Esto viene de la sangre que derramaron nuestros hermanos en la guerra del gas. Pero todavía hay que mantenernos vigilantes. (Carlos, 2 de mayo de 2006)

“Nuestro hermano Evo”, enfrentado al tono de desconfianza de “hay que mantenernos vigilantes”, es emblemático de un proceso de cambio. Por un lado, se expresa la identificación con el Presidente y la confianza en él; al fin y al cabo es uno de ellos, comparte sus historias y sus memorias de exclusión, de discriminación; por lo tanto, merece su respeto. Pero por otro lado es evidente la desconfianza y hasta cierto punto el desprecio hacia el aparato estatal. En esta tensión entre la identificación con el poder político y el distanciamiento con el Estado se plasma el horizonte político y se construye una ciudadanía política callejera.

“AHORA NOS TOCA”

La histórica elección de Evo Morales marca la esperanza y la promesa de una transformación sustancial a favor de las mayorías. Los discursos de entonces en La Ceja expresaban el orgullo de la comunidad por la elección de Evo, por el hecho de entenderla como el resultado de sus luchas y de las de sus antepasados. Prueba de esto es un aparte de su discurso de inauguración en el Congreso:

Quiero decirles que todavía hay resabios de esa gente que es enemiga de los pueblos indígenas. Pero queremos vivir en igualdad de condiciones con ellos y por eso estamos acá para cambiar nuestra historia. Este movimiento indígena originario no es concesión de nadie, nadie nos ha regalado nada. Es el resultado de la conciencia de nuestro pueblo. [...] Estamos acá para decir basta. De la resistencia de 500 años pasamos a la toma del poder por otros 500 años. Indígenas, obreros, todos los sectores para acabar con esa injusticia, para acabar con esa desigualdad, para acabar sobre todo con la discriminación, con la opresión a la que hemos sido sometidos como aymaras, quechuas o guaraníes. (Evo Morales, 22 de enero de 2006)

La promesa de romper con 500 años de historia alude a la influencia de las luchas callejeras, de las movilizaciones históricas. Seis meses después, las palabras de Evo Morales tuvieron eco en La Ceja.

Por 500 años esos *q'aras*¹² han gobernado y ahora nos toca a nosotros. Ya sabemos cómo son ellos, mucho discurso y poca acción. Así son no más [...] Pero también hay aymaras que son *q'aras*, no es sólo una cosa del color de la piel. Son los *llunk'us*¹³

¹² El término *q'ara* significa “pelado”, y alude a los blancos y mestizos. Pero como lo indica el testimonio, trasciende el color de la piel: alude también a cierta complicidad con el Estado y las estructuras de poder.

¹³ Un *llunk'u* es un servidor del patrón, designa al indígena que trabaja a favor del poder político y que reproduce la “colonialidad del poder”.

que copian las formas que ellos hablan y no hacen. Tenemos que irnos formando y preparando ideológicamente para mantener la hegemonía. Ahora nos toca por 500 años. (Discursante, 5 de junio de 2006)

La tensión con respecto al aparato estatal, como lo señala el orador, se dirige al grupo social que históricamente ha controlado el Estado. Los *q'aras* son vistos como quienes han coartado la ciudadanía de los pueblos indígenas. El discurso indigenista en La Ceja articula la memoria histórica colonial y las estructuras estatales contemporáneas, y muestra con cierta claridad los horizontes políticos. La apropiación de la calle con el fin de sacar a la superficie las historias y las memorias de marginalización y exclusión ha sido el mecanismo de construcción del horizonte político sobre el cual se lucha y se enfrenta al Estado. En el proceso de construcción de este horizonte político están los alteños, que en sus encuentros cuestionan abiertamente el “paquete cultural” que ha definido la “ciudadanización”.

Aunque ese horizonte político fue abierto gracias a la elección de Evo Morales, también reconocen sus límites: “controlamos el gobierno pero todavía no tenemos el poder” (Carlos, 5 de junio del 2006). Aun con la victoria electoral de Evo Morales, todavía no se han revertido 500 años de “colonialidad del poder”. Las estructuras de poder se han reproducido mediante los mecanismos de “ciudadanización”, y éstos han sido utilizados por el Estado para hacer invisibles a los sectores de la población que no se ajustan al esquema de nación que se quiere construir. En este sentido, los reclamos que surgen de las identidades indígenas urbanizadas en este espacio de discurso y debate representan un reto no sólo para las élites que han controlado el aparato estatal, sino también para los mismos residentes de El Alto.

Necesitamos prepararnos. Sabemos cómo marchar, cómo pelearnos con los pacos [policías] y milicos [militares]. También sabemos cómo derramar nuestra sangre pero todavía no sabemos cómo ser políticos. No vamos a tener el poder así no más. Hay que luchar políticamente, hay que prepararnos. No es sólo salir a las calles. (Álex, 5 de junio de 2006)

Los procesos de ciudadanización y de lucha por los derechos que los acompañan son continuos, fluidos y dinámicos. Álex lo dice: “No es sólo salir a las calles”. En este sentido, la ciudadanía política callejera es parte de un proceso de aprendizaje y lucha. Del primero, porque contribuye a la creación de una esfera pública en la que se reconoce la memoria colectiva, se retan los discursos hegemónicos y se construyen horizontes políticos. De la segunda, porque

la ciudadanía política callejera marca una forma de lucha en la que se definen espacios, significados y fronteras de acción.

CONCLUSIONES

En un espacio de la ciudad de El Alto se construye activamente una ciudadanía política callejera que en momentos críticos se tensiona con la construcción republicana de ciudadanía. La creación de un espacio de discusión y debate en La Ceja ha sido clave en este proceso. A partir de la apropiación de un espacio público se crearon las condiciones para conformar una esfera pública en la que es posible retar los discursos hegemónicos. Estos retos se nutren de la mirada colectiva hacia el pasado y el futuro. La mirada hacia el pasado crea un espacio de reconocimiento de historias y memorias: puntos de encuentro entre los participantes, alimento de la memoria colectiva y definición de identidades políticas. Las discusiones y los debates sobre el pasado fijan una posición en el presente y proyectan las miradas al futuro. Éstas se convierten en sueños y aspiraciones sobre el tipo de ciudad y de país que se quiere. A partir de estos procesos, finalmente, se construyen horizontes políticos y ciudadanía política callejera.

Otro tema importante son las formas de definición de la relación dialéctica que aquí surge entre espacio y procesos históricos. En otras palabras, las luchas por los derechos de ciudadanía han incidido en la construcción de El Alto y en la organización de sus habitantes. Por otra parte, las múltiples identidades políticas que confluyen en El Alto han convertido este espacio en determinante para el desarrollo de estas luchas y para la incorporación a la noción de ciudadanía de elementos que van más allá del Estado. El papel de este espacio y la forma como en él se articulan identidades y horizontes políticos cobra adicional importancia: en este contexto, en el que supuestamente los movimientos sociales tienen una relación más estrecha y positiva con el gobierno, existe la tentación y el riesgo de que se diluya como espacio y pierda su espíritu crítico de lucha.

BIBLIOGRAFÍA

- Albó, Xavier (2006). "El Alto, la vorágine de una ciudad única", en *Journal of Latin American Anthropology*, N° 11, 329–350.
- Albó, Xavier; Godofredo Sandoval y Tomás Greaves (1983). *Chukiyawu: la cara Aymara aymara de La Paz. Cabalgando entre dos mundos*. La Paz: CIPCA.
- Alvarez, Sonia; Evelina Dagnino y Arturo Escobar (1998). "Introduction: The Cultural and the Political in Latin American Social Movements", en S. Álvarez, E. Dagnino, y A. Escobar (comps.), *Cultures of Politics - Politics of Cultures: Re-visioning Latin American Social Movements*. Boulder: Westview Press.

- Appadurai, Arjun (2002). "Deep Democracy: Urban Governmentality and the Horizon of Politics", en *Public Culture*, N° 14, 21-47.
- Arbona, Juan Manuel (2003). "Ver y hacer política en El Alto: capacidades políticas y actividades económicas". Documentos de trabajo. La Paz: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- _____ (2006). "Fracasos y rupturas neoliberales: El Alto-octubre 2003", en N. Robbins (comp.), *Conflictos políticos y movimientos sociales en Bolivia*. La Paz: Plural, 47-60.
- _____ (2007). "Neo-liberal Ruptures: Local Political Entities and Neighborhood Networks in El Alto, Bolivia", en *GeoForum*, N° 38, 127-137.
- Assies, William (2003). "David versus Goliath in Cochabamba: Water Rights, Neoliberalism, and the Revival of Social Protest in Bolivia", en *Latin American Perspectives*, N° 30, 14-36.
- Auza, Verónica (2004). *Memoria testimonial de la "guerra del gas"*. La Paz: Caritas.
- Babb, Florence (1999). "'Managua is Nicaragua'. The Making of a Neoliberal City", en *City and Society*, N° 11, 27-48.
- Bautista, Rafael (2006). *Octubre: el lado oscuro de la luna*. La Paz: Tercera Piel.
- Castells, Manuel (1983). *The City and the Grassroots: A Cross-Cultural Theory of Urban Social Movements*. Berkeley: University of California Press.
- Condarco, Ramiro (1982). *Zarate 'El Temible' Willka: historia de la rebelión indígena de 1899 en la República de Bolivia*. La Paz: s.e.
- Crabtree, John (2005). *Perfiles de la protesta: política y movimientos sociales en Bolivia*. La Paz: PIEB.
- Crouch, Dora; Daniel Garr y Axel Mundigo (1982). *Spanish City Planning in North America*. Cambridge: MIT Press.
- Dagnino, Evelina (2003). "Citizenship in Latin America: An Introduction", en *Latin American Perspectives*, N° 30, 211-225.
- García Canclini, Néstor (1990). *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- García Linera, Álvaro (2001). "Sindicato, multitud y comunidad: movimientos sociales y formas de autonomía política en Bolivia", en A. García, R. Gutiérrez, R. Prada, F. Quispe y L. Tapia. (comps.), *Tiempos de rebelión*. La Paz: Muela del Diablo, 7-79.
- _____ (2004). "La crisis de Estado y las sublevaciones indígena-plebeyas", en L. Tapia, A. García y R. Prada (comps.), *Memorias de octubre*. La Paz: Muela del Diablo, 27-86.
- Gómez, Luis (2004). *El Alto de pie: una insurrección aymara en Bolivia*. La Paz: Comuna.

- Hale, Charles (1997). "Cultural Politics of Identity in Latin America", en *Annual Review of Anthropology*, N° 26, 567-590.
- Harvey, David (1997). "Social Process and Spatial Form", en N. Jewson y S. McGregor (comps.), *Transforming Cities: Contested Governance and New Spatial Divisions*. London: Routledge, 19-27.
- Hindess, Barry (2002). "Neo-liberal Citizenship", en *Citizenship Studies*, N° 6, 127-143.
- Holston, James (1998). "Spaces of Insurgent Citizenship", en L. Sandercock (comp.), *Making the Invisible Visible: A Multicultural Planning History*. Berkeley: University of California Press.
- Holston, James y Arjun Appadurai (1999). "Cities and Citizenship", en J. Holston (comp.), *Cities and Citizenship*. Durham: Duke University Press.
- Hylton, Forrest y Sinclair Thomson (2005). "The Checkered Rainbow", en *New Left Review*, N° 35, 41-64.
- Instituto Nacional de Estadísticas (INE) (2001). *El Alto: indicadores sociodemográficos*. La Paz: INE.
- Jelin, Elizabeth (2003). "Citizenship and Alterity", en *Latin American Perspectives*, N° 30, 309-325.
- Kohl, Benjamin (2000). "Restructuring Citizenship in Bolivia: El Plan de Todos", en *International Journal of Urban and Regional Research*, N° 27, 337-351.
- Kohl, Benjamin y Linda Farthing (2007). *El bumerán boliviano: hegemonía neoliberal y resistencia social*. La Paz: Plural.
- Lefebvre, Henri (1995). *Writing on Cities*. London: Blackwell.
- Mamani, Pablo (2005). *Microgobiernos barriales: levantamiento de la ciudad de El Alto (octubre 2003)*. La Paz: CADES.
- Marshall, Thomas Humphrey (1964). *Class, Citizenship, and Social Development*. New York: Doubleday.
- McEwan, Cheryl (2005). "New Spaces of Citizenship? Rethinking Gendered Participation and Empowerment in South Africa", en *Political Geography*, N° 24, 969-991.
- Mitchell, Don (2003). *The Right to the City: Social Justice and the Fight for Public Space*. New York: The Guildford Press.
- Patzi, Félix (2004). *Sistema comunal: una propuesta alternativa al sistema liberal*. La Paz: Centro de Estudios Alternativos.
- Peck, Jamie y Adam Tickell (2002). "Neoliberalising Space", en *Antipode*, N° 34, 380-404.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) (2005). *Informe sobre desarrollo humano 2005. La cooperación internacional ante una encrucijada: ayuda al desarrollo, comercio y seguridad en un mundo desigual*. Madrid: Ediciones Mundi-Prensa.

- Quijano, Aníbal (2000). "Colonialidad del poder y clasificación social", en *Journal of World-Systems Research*, N° 6, 342-386.
- Radcliffe, Sarah y Sallie Westwood (1996). *Remaking the Nation: Place, Identity and Politics in Latin America*. London: Routledge.
- Reinaga, Fausto (1969). *La revolución india*. La Paz: PIB.
- _____ (1971). *La tesis india*. La Paz: PIB.
- Rivera, Silvia (1993). "La raíz: colonizadores y colonizados", en X. Albó y R. Barrios (comps.), *Violencias encubiertas en Bolivia*. La Paz: CIPCA, 27-139.
- Roberts, Bryan (1996). "The Social Context of Citizenship in Latin America", en *International Journal of Urban and Regional Research*, N° 20, 38-65.
- Sandoval, Godofredo y M. Fernanda Sostres (1989). *La ciudad prometida: pobladores y organizaciones sociales en El Alto*. La Paz: ILDIS.
- Schild, Veronica (1998). "Market citizenship and the "new democracies": The ambiguous legacies of contemporary Chilean women's movements", en *Social Politics*, N° 5, 232-249.
- Soustelle, Jacques (1996). "Daily Life of the Aztecs on the Eve of the Spanish Conquest", en G. Joseph y M. Szuchman (comps.), *I Saw a City Invincible: Urban Portraits of Latin America*. New York: Scholarly Resources, 35-47.
- Stefanoni, Pablo y Herve Do Alto (2006). *Evo Morales, de la coca al Palacio: una oportunidad para la izquierda indígena*. Buenos Aires: Malatesta.
- Tapia, Luis (2001). "Subsuelo político", en A. García, R. Gutiérrez, R. Prada y L. Tapia (comps.), *Pluriverso: teoría política boliviana*. La Paz: Muela del Diablo, 111-146.
- Tapia, Luis; Álvaro García Linera y Raúl Prada (2004). *Memorias de octubre*. La Paz: Muela del Diablo.
- Thomson, Sinclair (2006). *Cuando sólo reinacen los indios: la política aymara en la era de la insurgencia*. La Paz: Muela del Diablo.
- Von Hagen, Adriana y Craig Morris (1998). *The Cities of the Ancient Andes*. New York: Thames and Hudson.
- Yashar, Deborah (2005). *Contesting Citizenship in Latin America: The Rise of Indigenous Movements and the Post-liberal Challenge*. Cambridge: Cambridge University Press.